

Pedrosa, Fernando

*La redefinición de la agenda socialdemócrata
entre la crisis del petróleo y el fin del socialismo
real (1973-1992)*

Colección N° 22, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Pedrosa, F. (2012). La redefinición de la agenda socialdemócrata entre la crisis del petróleo y el fin del socialismo real (1973-1992) [en línea]. *Colección*, 22, 15-44. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/redefinicion-agenda-crisis.pdf> [Fecha de consulta:.....]

LA REDEFINICIÓN DE LA AGENDA SOCIALDEMÓCRATA ENTRE LA CRISIS DEL PETRÓLEO Y EL FIN DEL SOCIALISMO REAL (1973-1992)

Fernando PEDROSA
Universidad de Buenos Aires
✉ ferpedrosa@gmail.com

Recibido: Marzo de 2012
Aprobado: Septiembre de 2012

Resumen: El objetivo de este artículo es mostrar las estrategias de las organizaciones socialdemócratas frente a los nuevos desafíos que surgieron con la crisis del petróleo y la aparición de los llamados “valores posmateriales”. Se profundizará en una de las principales: el aumento de la actividad política transnacional y la creación de comisiones que trabajaron aspectos relacionados con el desarrollo, la seguridad, el armamentismo nuclear y el medio ambiente. Estas comisiones no solo constituyeron un importante cambio frente a las tradiciones precedentes, también influyeron significativamente los desarrollos posteriores en dichas materias.

Abstract: The aim of this paper is to show the strategies of social democratic organizations face new challenges that emerged in 1973 from the oil crisis and the emergence of so-called “post-materialist values”. It explores in depth one of the main strategies: The increase in transnational political activity and the creation of committees working on aspects related to development, security, nuclear arms race and the environment. These committees not only constituted a major turnaround from earlier traditions, also significantly influenced the subsequent developments in these areas.

Palabras clave: Socialdemocracia. Crisis del petróleo. Brandt. Palme. Brundtland. Guerra Fría.

Key-words: Social democracy. Oil crisis. Brandt. Palme. Brundtland. Cold War.

Introducción¹

El objetivo de este artículo es mostrar cuáles han sido las estrategias que las organizaciones partidarias socialdemócratas europeas generaron para enfrentarse a los nuevos desafíos que surgieron con la aparición de la llamada “crisis del petróleo”.² Entre otras consecuencias, esto había producido una serie de retrocesos electorales, al inicio de la década de 1970, que barrió a los socialistas de los gobiernos europeos y llevó a diversos analistas a pronosticar el fin definitivo del siglo socialdemócrata (Dahrendorf, 1983).

El artículo se organizará de la siguiente manera: en la primera parte, se contextualizará el debate en que se inserta este trabajo y se presentará un sucinto desarrollo de la historia y los cambios producidos en el programa socialdemócrata hasta comienzos de la década de 1970. Con esto no se busca realizar un estudio sistemático, sino marcar las líneas de continuidad y cambio que influyeron luego en el devenir de las organizaciones socialdemócratas a partir de la década de 1970.

En la segunda parte, se pondrá especial énfasis en algunas de las principales respuestas llevadas adelante por los socialdemócratas para enfrentar los nuevos desafíos aparecidos con la crisis abierta en 1973. Particularmente, en la refundación de la Internacional Socialista (IS) como herramienta privilegiada de acción política y, junto a ella, la creación de diversas comisiones que apuntaron a modernizar el programa socialdemócrata en el marco de un nuevo esquema geopolítico amplio y multilateral, en contraste con las características adoptadas por el entonces enfrentamiento bipolar.

1 Siglas que se utilizan en el artículo: Partido Socialista Alemán –*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*– (SPD); Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP); Internacional Socialista (IS); Friedrich Ebert Stiftung (FES); Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); Organización de las Naciones Unidas (ONU); Estados Unidos de América (EE.UU.).

2 Luego de la llamada Guerra de Yom Kipur que enfrentó a Israel con una coalición de países árabes, la OPEP redujo abruptamente la producción de petróleo, sobre todo, hacia aquellos países que habían tomado partido por Israel. La primera consecuencia de esto fue el aumento del precio del crudo y sus derivados. La acción de la OPEP provocó un aumento de la inflación, del desempleo y una reducción de la actividad económica en los países afectados que se mantuvo hasta comienzos de la década de 1980.

Estas comisiones, integradas por múltiples actores, trabajaron en aspectos relacionados al desarrollo, la seguridad y el armamentismo, y el medio ambiente, y se convirtieron en un modelo de acción política transnacional con una fuerte influencia entre los principales actores de la época. Los distintos informes que presentaron no solo constituyeron un importante cambio con respecto a las tradiciones políticas precedentes y se constituyeron en un exitoso instrumento de acción política, sino que también influyeron significativamente en los desarrollos posteriores de dichas materias.

Si bien existen estudios anteriores sobre ellas (algunos de los cuales se retomaran en este trabajo), la originalidad del enfoque aquí planteado es presentarlas conjuntamente, analizarlas comparativamente y enmarcadas dentro de las estrategias socialdemócratas para lograr una reforma programática que apunte a modernizar su discurso y a hacer frente a la crisis que los partidos socialistas europeos comenzaron a sufrir apenas abierta la década de 1970.

La socialdemocracia en un mundo en cambio

La crisis económica abierta en 1973 puso en cuestión el modelo de crecimiento que había caracterizado a las políticas implementadas por los partidos socialistas europeos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en algunos casos, y otros, desde las décadas de los cincuenta y sesenta (Merkel, 1994). Esto se había traducido en la aplicación de las clásicas recetas keynesianas y en la generación de políticas públicas con eje en la demanda, a través de lo que se llamó el Estado de bienestar, ícono de la política socialdemócrata europea.

Pero la suba del precio del petróleo fue el disparador de la crisis, mas no su causa última. La globalización de los mercados financieros y los cambios estructurales que mostraban la economía y la sociedad de los países desarrollados comenzaban a poner en cuestión el clásico modelo del Estado nacional como regulador de la vida económica y de las relaciones entre los actores sociales. Frente a esta coyuntura, las organizaciones socialdemócratas debieron reinventarse y reformar flexiblemente sus supuestos programáticos, única forma de evitar que la crisis cumpliera la previsión sobre su fin definitivo.

La coyuntura abierta a partir de la llamada “crisis del petróleo” obligó a replantear el modelo clásico de acción política y por ello también afectó seriamente la posición de quienes lo propugnaban desde varias décadas atrás (Pico, 1992). Sin embargo, al mismo tiempo, también implicó una oportunidad para trasnacionalizar la actividad política en el marco de la distensión que se abría incipientemente en la relaciones entre EE.UU. y la URSS (Halliday, 1986) y en la apertura de los procesos de transición a la democracia de la llamada “tercera ola” (Huntington, 1994).

Aunque en la actualidad (y desde hace unos años) existe un auge de estudios sobre la izquierda en los años setenta y ochenta, no han sido muchos los trabajos que han centrado su interés en los socialistas democráticos europeos y su acción trasnacional (que incluyó a políticos y organizaciones de todo el mundo pero, sobre todo, de América Latina). Esto ha ocurrido, en primer lugar, porque se ha privilegiado el estudio de las izquierdas radicales o armadas, en especial, a partir de la revolución cubana. Y este enfoque se sostuvo en detrimento de otros proyectos de izquierda democrática que, en muchos casos, fueron directamente obviados de la literatura especializada, a pesar de su trascendencia.³

En segundo lugar, la ausencia de estudios sobre las organizaciones socialdemócratas también se ha debido a que parte de los investigadores inscriptos dentro de la llamada “historia reciente” han insistido en obviar a los partidos y dirigentes políticos como actores objetos de su estudio, particularmente en América Latina (Lvovich *et al.*, 2011). Esta llamativa ausencia se observa también en quienes han profundizado en la actividad de las llamadas “redes trasnacionales de defensa” (Keck y Sikkink, 2000), lo cual es una omisión igualmente significativa, por el importante rol que jugaron en ellas los partidos y dirigentes socialistas. Y esto marca una continuidad con una idea largamente extendida acerca de que los procesos de transición, iniciados en Europa del sur en 1974 y luego extendidos a otros continentes, fueron fenómenos exclusivamente nacionales (O'Donnell *et al.*, 1994; Schmitter, 2011).

Finalmente, este trabajo encuentra mayor actualidad por la presente crisis económica que atraviesan los gobiernos europeos y la crisis en que

3 Por ejemplo, Angell (1991), Meschkat (2010) o los distintos aportes de la historia política reciente latinoamericana, Lvovich *et al.* (2010).

esto ha sumergido, nuevamente, a los partidos políticos socialistas. La supervivencia de una imagen estática de la socialdemocracia, ligada estrictamente a la construcción de Estados de bienestar típicos de las décadas siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial, ha oscurecido los cambios programáticos y de acción política que estas organizaciones han registrado en las décadas de 1970 y 1980, y cuya revisión podría ser un buen comienzo para comenzar a superar la crisis actual.

Orígenes y transformaciones de “lo socialdemócrata”

El concepto “socialdemocracia” es polisémico.⁴ Su difusión se sostuvo en un imaginario construido a partir del éxito de los Estados de bienestar europeos posteriores a la Segunda Guerra Mundial y en la combinación de estos con el respeto por la democracia política (Hicks, 1999). Las ideas de la socialdemocracia nacieron cuestionando estructuralmente a los “padres fundadores” del socialismo marxista. Por ello, para Eduard Bernstein, el movimiento socialista era necesariamente pluriclasista, moderado, democrático, internacionalista y, siguiendo a Ferdinand Lasalle, respetuoso de algunas instituciones del Estado, entre ellas, el Parlamento. Así, Bernstein creía que, incluso durante el proceso revolucionario, debía haber algún principio de legalidad respetado por todos (Bernstein, 1990).

Esto marcó muy fuertemente su desarrollo histórico, que se caracterizó por su pragmatismo y flexibilidad programática, vinculada directamente con los cambios observados en la coyuntura. Las dos grandes guerras abrieron un paréntesis en el desarrollo político de la socialdemocracia y sus organizaciones afines hasta 1945. Este año resultó crucial, no solo por el fin de la guerra, también por el inesperado triunfo electoral del laborismo inglés sobre Churchill, llegando por primera vez al control del gobierno de la isla.

4 El primer uso de la palabra “socialdemocracia” data del siglo XIX y provino del escritor alemán Gottfried Kinkel, quien tuvo una destacada actuación en los sucesos revolucionarios de 1848. El término se popularizó a fines del XIX, por los seguidores de Ferdinand Lasalle, teórico alemán y uno de los primeros que planteó visiones reformistas del socialismo. Fue, sin embargo, Eduard Bernstein quien construyó las bases teóricas sobre las que se sostuvo el corpus socialdemócrata, y su influencia también impactó en los distintos partidos socialistas europeos.

En 1951, de la mano de una alianza de los laboristas ingleses con los partidos nórdicos, se fundó la Internacional Socialista, organización que –en poco tiempo– se convirtió en el ámbito de acción internacional más importante de los partidos europeos (Günsche y Lantermann, 1979). Ese mismo año se firmó la Declaración de Frankfurt, donde los partidos socialistas renunciaban a los restos de la influencia marxista y aceptaban definitivamente la democracia y el capitalismo como el marco donde construir los ideales renovados del socialismo.

Esta declaración tuvo un fuerte impacto en los distintos partidos socialistas europeos que empezaron a rever sus propias posiciones nacionales a la luz de los cambios que se propugnaban desde la IS. El acto más fuerte en este sentido fue el llamado “Programa de Bad Godesberg” (1959), que significó el *aggiornamento* del clásico programa del partido socialista alemán y la definitiva ruptura con su propio pasado ideológico (Robles Egea, 1994).

Comenzada la década de 1960 y pasados quince años del fin de la Segunda Guerra Mundial, los principales partidos socialdemócratas europeos volvieron a evaluar la necesidad de actualizar algunos aspectos de su desarrollo programático y de la Declaración de Frankfurt. Las cambiantes dinámicas de la Guerra Fría movían también a los partidos socialistas, la mayoría de ellos en el poder o cerca de él.

Por esos años, la socialdemocracia se conformó en función de tres componentes relacionados unos con otros: la democracia representativa, el imperio de la ley y el Estado de bienestar. Además, en la década de 1960 se observó otra actitud de la dirigencia socialdemócrata frente a la integración europea, mucho más permeable y tendiendo a convertirse en entusiasta impulsora (Featherstone, 1998). En esta etapa también comenzaron a aparecer cuestiones relacionadas con algunos de los llamados “valores posmateriales” que ya se expandían por Europa (Inglehart, 1977).

En resumen, una vez superada la reconstrucción que siguió a la Segunda Guerra Mundial y los primeros años del enfrentamiento bipolar más extremo, los años de la década de 1960 fueron caracterizados como la “edad de oro” de la socialdemocracia, asociados al espectacular crecimiento y desarrollo de algunos de los países que eran conducidos por estos partidos. Esto la ubicó en una posición de hegemonía hasta entrados los años setenta, cuando el desgaste de dicho modelo se hizo evidente y la crisis fue imposible de ocultar.

Los años setenta: ¿crisis final de la socialdemocracia?

La década de 1970 fue particularmente complicada para los partidos socialdemócratas. A los efectos ya mencionados de la crisis económica, se observó también un fuerte retroceso electoral que, en muchos casos, implicó su salida del poder. El caso más emblemático fue el del socialismo sueco, que debió abandonar el gobierno luego de más de treinta años consecutivos. Fue en ese marco cuando Dahrendorf (1983) afirmó que se estaba ante el fin definitivo del “siglo socialdemócrata”, a partir de una crisis que golpeaba en el centro de sus construcciones ideológicas y políticas.

Cuando el modelo político estatalista chocó con la frontera de sus posibilidades redistributivas materiales se hizo más claro también el “vaciamiento de sentido” de la política socialdemócrata y, con ello, su vulnerabilidad (Merkel, 1994:23).

Przeworsky y Sprague (1988) sugirieron que las causas del declive estaban en el llamado “dilema del ‘socialismo electoral’”. Esto habría sido producto de las elecciones racionales tomadas para maximizar el apoyo de los votantes y perdiendo en esta operación los rasgos distintivos que caracterizaban a los partidos socialistas. Si bien esto era parcialmente cierto, la coyuntura que embargaba a los socialdemócratas parecía más compleja que la producida por una disyuntiva racionalista (Scharpf, 1992).

La crisis se centró en la combinación de cuatro puntos que serían los responsables de este declive (Merkel, 1994). Primero, el bloqueo de la capacidad de coordinación keynesiana de los Estados nacionales ante la simultaneidad de inflación, recesión y desocupación y esto en el marco de una creciente incapacidad de los Estados nacionales para mantenerse como actores reguladores de la vida social.

En segundo lugar, el cambio de la estructura social de los países europeos ocasionó una modificación en el sector social en que mayor predicamento tenían los socialdemócratas: los sectores obreros y trabajadores. Este cambio se caracterizó por una reducción del número de trabajadores industriales y una mayor heterogeneidad en su composición. Esto ocasionaba, entre otros efectos, un retroceso electoral y una mayor dificultad para reclutar nuevos miembros del partido.

En tercer lugar, se debe mencionar el cambio de valores en importantes sectores sociales y los nuevos problemas para concretar las alianzas políticas y sociales que estos cambios trajeron aparejados. Los ciudadanos agregaban a sus demandas una mayor autonomía social, igualdad de sexos, defensa del medio ambiente, respeto de los derechos humanos y una fuerte oposición a los aprestos bélicos que generaba la bipolaridad en el mismo territorio europeo. Nuevos partidos y grupos (verdes, liberales, eurocomunistas) comenzaron a ser importantes a la hora de conformar alianzas de gobierno –claves en los sistemas parlamentarios– y, al mismo tiempo, se convertían en competidores por porciones del electorado, tradicionalmente socialdemócratas.

En cuarto lugar, se produjo una pérdida en la ofensiva del discurso político socialdemócrata. Esto le impedía encontrar soluciones en su arsenal histórico de apelaciones al bien común, la igualdad y a través del desarrollo de la capacidad de intervención estatal. La socialdemocracia, como todo cuerpo programático, debía tener también una potencia discursiva destinada a impactar tanto en la opinión pública como en el mundo de las ideas.

A diferencia de los intelectuales que debatirían el tema años después, la preocupación de la dirigencia se reflejaba en el mismo momento en que los hechos se desarrollaban. Los líderes socialdemócratas fueron conscientes de los problemas que venían aparejados con esta nueva crisis del capitalismo y las consecuencias que podrían tener para sus partidos y gobiernos. Además, percibían que era su propia responsabilidad hacer frente al momento histórico que atravesaban los partidos socialdemócratas, la mayoría al frente de los gobiernos de distintos países europeos.⁵

Por ello también coincidieron en la necesidad de tomar medidas drásticas para afrontar la crisis. Pero, aun a pesar de la magnitud de la misma, la solución de los socialistas no venía del lado de una radicalización de sus políticas hacia ideas más radicales de corte populista o marxista. Por el contrario, subsistía una creencia voluntarista –clásica en los socialistas–

5 El austríaco Bruno Kreisky lo señalaba claramente: “Cuando se produjo la última crisis económica no teníamos tanta responsabilidad política como en la actualidad. Hoy en día participamos, directa o indirectamente, en el gobierno de casi todos los estados de Europa. Me temo que si no tomamos una decisión pronto, la crisis puede prolongarse durante mucho tiempo” (Brandt, Kreisky y Palme 1977:171).

de que bastaba con una acción política sistemática y eficiente para sortear los alcances de la crisis, traducida en la gráfica idea de que “[l]o que hemos de hacer es actuar, intervenir y tomar las medidas que sean necesarias” (Brandt, Kreisky, y Palme, 1974:171).⁶

Para los dirigentes socialdemócratas de los setenta resultaba necesario defender la sociedad industrial en la que vivían y así lo manifestaba Olof Palme, a la vez representante del sector más de izquierda dentro de los socialistas europeos.

Hasta cierto punto los socialistas vivimos en una simbiosis con el capitalismo [...] La crisis actual del capitalismo es al mismo tiempo una crisis de la sociedad industrial, y es nuestra tarea *rescatar* a esta sociedad. Hoy en día debemos *no solo defender* a la sociedad industrial sino también *ayudarla* a que se siga desarrollando y tenga bases más profundas [...] Pienso que no podemos abandonar ahora a esta sociedad que antes nos ayudó a salir de la pobreza (Palme, 1976:2) [El resalta-do es propio].

Pero, a la vez, esto convivía con la certeza que tales estrategias debían incluir una fuerte renovación en su arsenal ideológico tanto a nivel nacional como, fundamentalmente, a nivel internacional. La idea dominante era que el proceso de crisis que se abrió a comienzos de los años setenta no tenía una solución estrictamente nacional, ya que “los controles estatales del capital y de los flujos monetarios fueron eliminados o, dicho de otra manera, perdieron su efectividad en el nivel estatal-nacional” (Scharpf, 1992:301).

Esta percepción impulsó un cambio programático en los principales partidos socialistas de Europa Occidental, que así buscaron mejorar sus *performances* electorales y fortalecer sus gobiernos, donde aún se mantenían en pie. En palabras del francés Lionel Jospin, estas nuevas orientaciones podían sintetizarse en el lema: “Sí a la economía de mercado. No a la sociedad de mercado” (Moschonas, 2002:189).

6 “¿Debemos, entonces, abandonar nuestra creencia en un gasto público elevado? Mi respuesta es claramente: no, porque la teoría permanece válida; es la práctica la que ha ido mal. Necesitamos reformar la práctica; en las decisiones de nuestro gasto público necesitamos preguntarnos no solo cuánto, sino también a quién” (Crosland, 1976:52).

Estos cambios se produjeron rápidamente y en casi todas las organizaciones al mismo tiempo, a pesar de tratarse de cuestiones delicadas, ya que hacían a las tradiciones políticas más caras a estos partidos. Sin embargo, a pesar de observarse como una acción común, los cambios programáticos no se produjeron todos en una misma dirección. Mientras algunos partidos se volcaron más la derecha, otros lo hicieron hacia la izquierda o pronunciaron aún más su perfil socialdemócrata clásico (Patterson y Thomas 1992). Sin embargo, se puede señalar que todos entendieron que debían acentuar su protagonismo internacional.

Entre otras decisiones, esta proposición llevaba directamente a revalorizar el papel de la IS como herramienta de acción política y a priorizar, en el contexto de un nuevo tipo de relaciones políticas internacionales, el vínculo con los países productores de materias primas, particularmente, los del entonces llamado “tercer mundo”.

La socialdemocracia y un nuevo proceso de cambio programático. La revalorización de la Internacional Socialista

En 1976 asumió la presidencia de la IS el ex canciller alemán Willy Brandt, acompañado por Bernt Carlsson (Suecia) como Secretario General y junto con una camada de líderes de gran prestigio. Entre ellos se puede mencionar a Olof Palme (Suecia), Françoise Mitterrand (Francia), Felipe González (España), Mario Soares (Portugal), Bruno Kreisky (Austria), Gro Harlem Brundtland (Noruega), Joop den Uyl (Holanda), Julius Nyerere (Tanzania) e Yitzhak Rabin (Israel) entre los más importantes.

Además, participaban importantes líderes latinoamericanos, como Carlos A. Pérez y Gonzalo Barrios (Venezuela), José Pepe Figueres y Daniel Oduber (Costa Rica), Michael Manley (Jamaica) y José F. Peña Gómez (República Dominicana), quienes fueron los referentes más involucrados en la organización. También intervinieron activamente Omar Torrijos (Panamá), los sandinistas nicaragüenses y Leonel Brizola (Brasil), entre muchos otros.

Sin embargo, para sobrevivir a las complejas circunstancias que había abierto la crisis de 1973 no bastaban solamente la práctica política, el prestigio personal o los recursos materiales de una organización. Para enfrentarse con las ideas dominantes de la época, la socialdemocracia tam-

bién debió construir un andamiaje ideológico de acuerdo con la gravedad de la coyuntura que atravesaban y que pudiera filtrar una visión alternativa en el estrecho espacio que dejaban libres los discursos dominantes enarbolados por las principales potencias.

Así, y a partir de 1976, el accionar de la Internacional Socialista en el escenario internacional se volvió un respirador frente al estancamiento político y la falta de renovación ideológica que sufrían los partidos europeos. Esto permitió a los dirigentes socialdemócratas europeos presentar una renovación en sus políticas con la cual expandir su marco de alianzas por fuera del territorio europeo al mismo tiempo que recuperar apoyos sociales y electorales dentro de sus países.

Y eso fue parte de un trabajado consenso de los principales dirigentes de diversos continentes que permitió involucrar a esta organización en todos los rincones del mundo, especialmente en aquellos donde se escenificaba, con mayor virulencia, la pelea bipolar que caracterizaba aquella época.

Dentro de la IS, los europeos ponían en el tope de su agenda la defensa de los DDHH, por ejemplo, condenando los gobiernos de Pinochet, Stroessner y Somoza, luchando contra el *apartheid* sudafricano, sosteniendo posiciones pacifistas y neutralistas, protegiendo exiliados y demandando la eliminación de la pobreza, *issue* que atraía especialmente a los dirigentes del entonces llamado “Tercer mundo”.

En Europa se multiplicaron las comisiones de apoyo y solidaridad con distintas causas, pero, sobre todo, a partir de la oposición a la dictadura de Pinochet, el apoyo a la revolución nicaragüense, el boicot al Mundial de Fútbol de 1978 realizado en Argentina, la lucha contra el *apartheid*, la guerra civil en El Salvador, y los movimientos antinucleares y pacifistas. La acción de las redes de exiliados era constante y en algunos casos (como los chilenos en Suecia y Holanda) con un fuerte impacto en la política nacional del país que los expulsaba, pero también en el que los recibía.

No obstante, al mismo tiempo, los socialdemócratas en los gobiernos europeos continuaban con sus políticas tradicionales: la venta de armas a los dictadores, la manipulación de los precios de las materias primas que compraban o vendían y —en no pocos casos— alineándose con las políticas de defensa norteamericana y la lucha contra el comunismo como prioridad. En la práctica, esto implicaba aceptar la instalación de tropas y misiles en territorio europeo.

En esta supuesta contradicción, la IS se convirtió en un recurso de poder diferencial, porque las alternativas partidarias posmateriales (eurocomunistas o verdes) no poseían una organización de tamaño fortaleza, con líderes reconocidos y con la tradición de la socialdemócrata. Y en todos estos espacios se encontraban activando los dirigentes de la IS conducidos por Brandt, Palme, Soares o González, tratando de que el nuevo programa socialdemócrata se convirtiera en una alternativa novedosa y de mayor potencia que el viejo discurso keynesiano.

A diferencia de los partidos europeos, la IS se involucraba hasta límites que rozaban la intervención en asuntos propios de terceros países y el peso de sus liderazgos asociados maximizaba los beneficios de la acción política internacional. Este tipo de intervención (por ejemplo, con respecto a Chile, Sudáfrica, Centroamérica o Cuba) impactaba en las opiniones públicas nacionales, con el consiguiente beneficio electoral para los partidos miembros de la IS.

Otro aspecto de esta nueva programática socialdemócrata fue el cambio en su visión acerca de los países del bloque socialista. Al anticomunismo militante de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial (que igualmente fue morigerándose con el tiempo) se opuso una renovada voluntad de diálogo con los partidos comunistas, fundamentalmente, con el de la URSS. Pero también atendiendo a las diferencias internas del bloque liderado por la URSS. Allí la IS mantuvo fluidas relaciones con Tito en Yugoslavia o Ceaucescu en Rumania. Particular fue la relación con el gobierno polaco. Brandt y Mitterrand consideraban a Wojciech Jaruzelski (primer ministro de Polonia 1981-1985) un verdadero patriota y esta evaluación generó fuertes disputas con EE.UU., el Vaticano y dentro de la misma IS (Lafontaine, 2000).

Las visitas y los contactos de dirigentes de la IS a Moscú fueron constantes y los vínculos entre ellos adoptaron distintas formas, incluyendo los típicos de la Guerra Fría, como mensajes de embajadores, comunicaciones secretas, etcétera. Y es que los soviéticos compartían con esta nueva orientación de la IS un aspecto clave: oponerse a la carrera armamentista, sobre todo, cuando comenzó a implementarse la controvertida apuesta del presidente norteamericano Ronald Reagan conocida como *Star Wars* y que apuntaba a producir un desgaste o un recalentamiento de la economía soviética a través de la utilización del espacio como escenario de un posible conflicto armado.

Esto, sin embargo, también generó rispideces dentro del colectivo socialdemócrata, donde los partidos comenzaron a dividirse en neutralistas y atlantistas. Estas identificaciones se correspondían, casi siempre, con la ubicación del partido en el oficialismo o la oposición. Según el líder socialista finés Kalevi Sorsa:

La actitud de la OTAN en este tema encuentra eco en la opinión pública occidental que no conoce a los países del Este, que no mantiene ningún diálogo con ellos y que, en definitiva, están preparados psicológicamente para encajar esta propaganda política y militar [...] Nuestra actitud responde fielmente a las enseñanzas de nuestra historia y a la ubicación geopolítica de nuestro país. A lo largo de nuestra historia hemos combatido contra el Este y el Oeste. Tuvimos enfrentamientos, desde las guerras napoleónicas, con suecos y rusos. Luego en las guerras mundiales luchamos con y contra los alemanes (extractado del diario español *El País*, 18/6/1978).

El accionar renovado de la IS proveyó nuevas energías políticas a los partidos socialdemócratas. A la vez, aumentaba la protección de su flanco izquierdo –severamente dañado por la falta de actualización del discurso político– frente a las opciones posmateriales y todo esto, fundamentalmente, sin que comprometieran directamente los intereses de los gobiernos que aún encabezaban (o que se proponían encabezar), ya que su acción registraba fronteras fuera del continente europeo (Evers, 1993). Al trascender las fronteras del viejo continente, la socialdemocracia europea, personificada en la IS, buscaba también convertirse en un actor global y de ese modo eludir las complicaciones que implicaba no adherir estrictamente a ninguno de los ejes de la disputa bipolar, sobre todo, cuando esta entraba en su faceta más polarizada a partir de 1981 con la llegada de un nuevo gobierno republicano a la presidencia norteamericana.

Willy Brandt presidente de la IS: la renovación del andamiaje ideológico socialdemócrata

Los nuevos desafíos del entorno internacional acentuaron la necesidad de repensar la propuesta programática de modo que pudiera incluirse

ampliamente a partidos y dirigentes de todo el mundo. En busca de este objetivo, amplió su tradicional base programática tomando como base cuestiones comunes a todos los actores a los que se quería integrar al nuevo proyecto de la IS. El marco general fue el intento de imponer una dinámica “Norte/Sur” *versus* “Este/Oeste”, predominante en el conflicto bipolar que caracterizaba la época.

De este modo, se buscaba tanto mejorar los vínculos con los principales productores de materias primas y productos energéticos como también enmarcar las demandas de amplios sectores políticos y sociales europeos sensibilizados por la situación del tercer mundo y cuya creciente movilización comenzaba a afectar la base electoral de los socialistas.

El predominio de una nueva lógica “Norte/Sur” estimularía una multiplicidad de actores en cooperación y conflicto, acrecentando la importancia de las potencias de rango medio (Europa) y de los países del Sur. En el marco de este multilateralismo, el interés por las problemáticas de la desigualdad y la pobreza, producto del desequilibrio entre las naciones más poderosas y las subdesarrolladas, reemplazarían a los conflictos políticos militares –fruto del enfrentamiento entre soviéticos y norteamericanos– como eje principal de la geopolítica de la época.

Una de las preocupaciones de la IS fue empoderar instituciones políticas que controlaran, al mismo tiempo, el accionar de las potencias en el plano político y el de las empresas multinacionales en el económico. La toma de conciencia de nuevas formas transnacionales de conformación del capitalismo, y que influían de manera decisiva en su relación con el trabajo, no podía pasar desapercibida para los dirigentes más lúcidos de partidos con una importante historia obrera y presencia sindical.

Los dirigentes agrupados en una remozada IS –desde 1976– comprendieron que se enfrentaban a un mundo en un contexto de internacionalización de las actividades económicas y financieras. Frente a esto, también había otra certeza: debían oponer una verdadera globalización de la política como la única forma en que los socialdemócratas pudieran recuperar algo de la iniciativa perdida. Esta orientación implicaba reforzar la acción política de las organizaciones internacionales, en especial de la ONU, pero también la acción transnacional de organizaciones de diverso cuño, entre ellas las partidarias y las sindicales, donde los socialdemócratas poseían especial influencia.

Al partir de esto, una de las principales políticas estimuladas desde la IS fue la creación de diversas comisiones de estudios que, lejos estaban de ser espacios académicos o de estar integradas exclusivamente por intelectuales o científicos. Por el contrario, se encontraban encabezadas por dirigentes socialdemócratas europeos, pero incluían también a miembros de diversos credos ideológicos, es decir, sus funciones e ideas no se restringían estrictamente al universo socialdemócrata, aunque definitivamente lo contenían.

Las llamadas “Comisión Brandt”, “Comisión Palme” y “Comisión Brundtland” fueron las resultantes de aquella situación. Desde estos espacios se lograron plasmar sólidos documentos que serían las bases de la nueva acción socialdemócrata. En definitiva, buscaban ser ámbitos que produjeran propuestas y discursos que legitimaran el cambio de orden que la IS propugnaba en su reforma programática.

Con posterioridad a la caída del Muro de Berlín, Brandt volvió a impulsar este tipo de iniciativas para reflexionar sobre el mundo que se abría frente a la inminente derrota del comunismo. La “Comisión Carlsson” fue el resultado de esta iniciativa política constante de parte de los socialdemócratas (Sánchez Cano, 2003). Antes, la “Comisión Nyerere” fue dedicada a estudiar las problemáticas propias de los países del sur, también vinculando la pobreza con la imposibilidad de conseguir una paz duradera (Nyerere, 1990).

La existencia de cinco comisiones dedicadas a temas relacionados con el desarrollo, la paz y la pobreza, las cinco encabezadas por dirigentes socialistas y varias de ellas bajo el manto protector de la ONU, no pueden ser consideradas como una suma de casualidades. Los socialdemócratas estaban realmente comprometidos con los destinos de estas comisiones, que fueron un importante recurso de poder a la hora de reposicionarlos ante los demás actores políticos y sociales como frente a sus opiniones públicas nacionales, donde tuvieron un alto impacto.

La IS las presentaba al mundo como una manera de recomponer su posicionamiento político e ideológico y reforzar su presencia discursiva. Así también dejaba en el pasado planteamientos anacrónicos que se habían revelado inútiles para sostener el andamiaje ideológico y discursivo de la socialdemocracia. Buscaban movilizar una opinión pública cada vez más internacionalizada como un elemento de presión, que en momentos de la guerra de Vietnam ya había mostrado su capacidad, sobre todo, en Europa.

A continuación, se reseñará la historia y la producción de estas tres comisiones mencionadas, considerándolas parte de una misma estrategia y buscando en ellas los rastros comunes de lo que constituyó la renovación de las bases ideológicas de la socialdemocracia.

La comisión Brandt

Su verdadero nombre fue Independent Commission on International Development Issues (ICIDI), aunque, como se dijera anteriormente, se la conoció popularmente por el apellido de quien era su cabeza organizativa y referencia política. Si bien en su origen surgió cuando Robert McNamara, entonces presidente del Banco Mundial, hizo pública la idea de crear una comisión independiente (es decir, sin representantes oficiales de gobiernos), la presencia de Brandt fue determinante para definir la orientación que tomó posteriormente. El alemán participó en la elección de los miembros y en la distribución de las nacionalidades de estos, sus pertenencias institucionales e ideológicas (para garantizar la variedad de puntos de vista y evitar que los países no desarrollados quedaran en minoría a la hora de una posible votación).⁷

El único latinoamericano que integró la comisión (Eduardo Frei Montalva) pertenecía a la Democracia Cristiana chilena, con la que Brandt había construido importantes grados de acuerdo para la coyuntura del país andino (no así para Centroamérica), que continuaron incluso después que Frei fuera asesinado. Estos contactos conformaron los inicios de lo que sería la concertación de partidos que, retornada la democracia a Chile, gobernaría el país veinte años seguidos.

Pero, sobre todo, el líder alemán influyó en el esquema de trabajo, la relación con los organismos internacionales y en la posterior difusión del

⁷ Originalmente convocada en 1977 por Robert McNamara, entonces presidente del Banco Mundial, fue integrada también por Abdlatif Y. Al-Hamad (Kuwait); Rodrigo Botero Montoya (Colombia); Antoine Kipsa Dakouré (Alto Volta); Eduardo Frei Montalva (Chile); Katherine Graham (EE.UU.); Edward Heath (Reino Unido); Amir H. Jamal (Tanzania); Lakshmi Kant Jha (India); Khatijah Ahmad (Malasia); Adam Malik (Indonesia); Haruki Mori (Japón); Joe Morris (Canadá); Olof Palme (Suecia); Peter G. Peterson (EE.UU.); Edgard Pisani (Francia); Shridath Ramphal (Guyana); Layachi Yaker (Argelia).

informe final. Por supuesto, también aportó el peso político de un dirigente premiado con el Nobel de la Paz y dotado de un prestigio mundial que fue clave para la alta difusión de la que gozó la comisión.

En palabras de Brandt, la comisión debía “estudiar los graves problemas que surgen de las disparidades económicas y sociales de la comunidad mundial” (Brandt, 1981:7). También sugerir vías para solucionar adecuadamente los problemas originados en estas disparidades del desarrollo y atacar su principal resultante: la pobreza (Quilligan, 2002).

El intento de Brandt de crear un nuevo tipo de políticas socialdemócratas se basaba definitivamente en una idea simple pero contundente. La disputa “Este/Oeste” o “Norte/Sur” podía traducirse también en términos de desarrollo y paz o carrera armamentista y hambre mundial. Y es que los desequilibrios en el desarrollo cruzaban transversalmente el resto de la agenda, influenciando temas como la democracia, el respeto a los derechos humanos, la paz, el desarrollo económico y el medio ambiente.

Entre los aportes al debate político del momento, el informe hizo hincapié en la necesidad de adoptar estrategias globales que fomentaran una economía mundial interdependiente. Esta interdependencia era una responsabilidad de los actores del norte, pero a la vez también de los del sur. La comisión hizo un fuerte llamado a las dirigencias los países desarrollados y no desarrollados a tomar responsabilidades comunes en la construcción de una agenda que incluyera temas como el proteccionismo, la crisis demográfica, el armamentismo y el medio ambiente.

Este cambio le significó algunas críticas desde los sectores más identificados con el ideario tradicional de la socialdemocracia, ya que la idea Norte/Sur y el ser parte de una comisión apoyada por el Banco Mundial no parecían ser una renovación adecuada para la tradición socialdemócrata. Además sus ideas también se veían poco realistas a la hora de ser implementadas desde los gobiernos nacionales.

Mientras que algunos consideran que las medidas no son lo suficientemente radicales, otros creen que, por representar un “keynesianismo global”, son utópicas y por tanto no realizables (Fischer, 1981:62).

La Comisión Brandt presentó dos informes (“Norte-Sur: un programa para la supervivencia”, 1980 y “Crisis común: Norte-Sur cooperación para la recuperación mundial”, 1983), que produjeron un importante im-

pacto y que representaron el máximo desarrollo teórico de esta idea, que adquirió gran popularidad en la época.

El Informe Brandt es uno de los pocos documentos internacionales leídos por muchos jefes de Estado y de gobierno y, al mismo tiempo, por un público más amplio [...] El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y varios organismos especiales de la ONU elaboraron declaraciones detalladas acerca de los temas relacionados con ellos. La Estrategia de Desarrollo de las Naciones Unidas, adoptada en la segunda mitad de 1980, acoge algunos aspectos del Informe Brandt [...] Finalmente, debe destacarse que los Jefes de Estado y de gobiernos de los siete países occidentales más importantes, en su VIII reunión cumbre celebrada en Ottawa, en julio de 1981, conversaron principalmente sobre las relaciones entre Norte y Sur (Fischer, 1981:63).

El informe se debatió en parlamentos, en la prensa y tuvo una amplia llegada a los más altos niveles de los países desarrollados (excepto EE.UU.) y también a través de encuentros, reuniones y seminarios en el tercer mundo. El aporte de la FES fue clave para su difusión.

Asimismo se realizó un encuentro para debatir el informe en la ciudad de Cancún, México, que contó con la presencia de importantes dirigentes internacionales (particularmente, de la socialdemocracia o cercanos a ella) y que se constituyó en uno de los tantos foros que en aquella época intentaban aportar a un cambio de la orientación geopolítica del mundo.

La cuestión “Norte/Sur” fue una de las banderas que la IS adoptó para reformar su base programática, obtener una mayor flexibilidad ideológica y para convertirse en un actor geopolítico de importancia. Estas nuevas ideas aportaban significativamente al objetivo de garantizar una expansión política más eficaz en territorios que hasta el momento habían sido, al menos, hostiles para las organizaciones europeas y sus ideas.

“Brandt Report” es parte de una larga tradición sobre el pensamiento de la interdependencia económica que tuvo una instancia fundamental en el sistema creado en Bretton Woods en 1944, basado en la visión keynesiana de crear una economía mundial interdependiente, en crecimiento, y estable [...] apela a volver a los principios de una eco-

nomía mundial creciente, organizada y gestionada, basada en la cooperación, y un papel del Estado y de las organizaciones internacionales, de fuerte impronta keynesiana (Fischer, 1981).

A partir de la asunción de Reagan en la presidencia de EE.UU. y la finalización de la etapa de distensión, el impulso de la Comisión también fue decayendo, sobre todo, porque comenzó un nuevo período de recomposición del conflicto Este/Oeste y ya empezaba a reducirse el lugar para ideas alternativas y líderes que no fueran representantes de los polos en disputa.

El balance sobre los resultados del trabajo de la comisión, entonces, es ambiguo, sobre todo, si se mide en función de los objetivos iniciales y los logros efectivamente obtenidos. A pesar de la euforia inicial, tiempo después que el informe hubiera tomado difusión pública, algunos analistas, importantes dirigentes socialdemócratas expresaron sus dudas, hasta desilusión, sobre su impacto real.⁸

Pese a este convencimiento que se expresa por todos los líderes mundiales, el conflicto de intereses ha dominado fuertemente la voluntad política de los países industrializados y lamentablemente no pasa de ser un honesto y buen deseo de Willy Brandt cuando concibió y logró realizar el empeño que se plasma en el Informe (Pérez, 1980:33).

Sin embargo, esto no resta la trascendencia que este proyecto tuvo en su momento y que se sostuvo, por lo menos, hasta una década después y al que periódicamente se vuelve en busca de inspiración e ideas (Quilligan, 2002). Su importancia radicó, en definitiva, en que el informe fue uno de los pocos intentos de presentar otra concepción de la geopolítica mundial en un mundo dominado por el bipolarismo y la confrontación entre las potencias (Hofmann, 1990).

8 El mismo Brandt lo hizo: "A menudo se me ha preguntado qué se hizo de las recomendaciones de la Comisión Norte/Sur que yo presidía. Intenté dar una respuesta sincera y ésta no pudo ser positiva" (Brandt, 1987:5).

La Comisión Palme

Esta comisión (denominada “Independent Commission on Disarmament and Security Issues”) y enmarcada en la ONU, estuvo integrada por importantes personalidades de la política mundial y se dedicó durante casi dos años a buscar formas de promover la reducción del armamentismo que tendieran a una progresiva desnuclearización de Europa, en particular, y del mundo, en general.⁹

El informe incluía una gran cantidad de recomendaciones y propuestas, como la idea de la creación de un corredor libre de armas nucleares en Europa (Palme, 1982). Esta idea despertó mucha polémica y, sobre todo, la cerrada oposición del gobierno norteamericano. Tampoco fue bien vista la reunión que el mismo Palme tuviera en Moscú con el presidente soviético Leonid Brezhnev o que la Comisión sesionase en la ciudad de Hiroshima.¹⁰

En el marco de una concepción similar a aquella de la Comisión Brandt sobre la responsabilidad común, hizo un llamado a las superpotencias para abrir un proceso de acción conjunta con el fin de lograr una paz duradera. En este sentido, el informe final fue de gran importancia en los posteriores desarrollos sobre el tema y una referencia utilizada hasta la actualidad.¹¹

La visión sostenida por la comisión sobrepasaba una mirada cortoplacista y, a cambio, propuso una idea más amplia, donde la “seguridad” aparecía ligada a la idea de interdependencia, elaborando el concepto de “seguridad común” (Wiseman, 2005). En este sentido, la seguridad no se relacionaba solo con una política de limitación de armamentos, sino con un aumento de la cooperación y la confianza entre los diferentes actores internacionales.

9 Estuvo integrada por la ex Primer Ministro noruega Gro Harlem Brundtland, el ex Ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña David Owen, el “ideólogo” de la *ostopolitik* de Brandt, Egon Bahr, el ex canciller mexicano Alfonso García Robles, el ex mandatario de Nigeria, Olosegun Ubasanju y de Holanda Joop Den Uyl, el ex primer ministro polaco Józef Cyrankiewicz y el presidente de la Commonwealth Sony Ramphal. La Comisión estuvo también asesorada por Cyrus Vance, el noruego Johan Jørgen Holst y el soviético Georgio Arvatov.

10 Para profundizar en la tarea de Palme en la comisión, ver S. Anderson (2008).

11 “Se puede decir que la Comisión Palme fue verdaderamente visionaria para determinar los aspectos más esenciales de lo que después llegó a conceptualizarse como ‘seguridad humana’” (González Aninat, 2007:3).

Entre otras conclusiones, aquel informe señalaba la necesidad de que la seguridad internacional descansa más en un compromiso por la supervivencia conjunta que en la amenaza de la destrucción mutua. Este concepto de “seguridad común” recibió un importante impulso a partir de 1992 con el establecimiento del *Common Security Forum* (Rodríguez Alcázar, 2005:400).

La carrera armamentista no era solo un problema de quienes poseían las armas nucleares, también implicaba a los países pobres que creían que podían lograr algún tipo de industrialización a partir de la producción de armas (Drumond-Saraiva, 1998). Las ventas de armas a América Latina fueron triplicadas entre el decenio 1969-1979, sobre todo, por parte de los gobiernos centroamericanos y las dictaduras del sur, particularmente, la chilena (Grabendorff, 1982). Así el informe de la Comisión Palme se vinculaba directamente con el Informe Brandt, relacionando armas y hambre.¹² Por ello, en el informe final se mencionaba que:

La condición presente de la economía amenaza la seguridad de los países. La Comisión cree que los países no pueden adquirir seguridad a las expensas de otros, y tampoco a través solo del poder militar (Palme, 1982:37).

La cuestión del armamentismo había sido una de las primeras problemáticas abiertas por la IS desde la presidencia de Brandt. La comisión Palme no hizo sino institucionalizar al más alto nivel internacional el trabajo que la IS había desarrollado desde 1977, con la creación de una comisión interna dedicada exclusivamente a esta temática.

En una reunión especial de la IS en Helsinki —años antes de la comisión aquí analizada— el discurso de Palme estuvo centralmente dirigido en esa dirección. Si se lo lee en profundidad, esos fueron los lineamientos que posteriormente siguió el trabajo de la comisión que encabezó el líder sueco.

12 “La seguridad común requiere que los pueblos vivan en dignidad y paz, que tengan lo necesario para alimentarse, encontrar trabajo y vivir en un mundo sin pobreza ni destitución” (Palme, 1982:37).

Si la opinión pública ha de ser movilizada, debe ser informada sobre los hechos. En esta tarea todos tenemos nuestras responsabilidades particulares [...] El énfasis en la necesidad de informar y movilizar a la opinión pública se deriva de mi fe en los principios de la democracia y en el buen juicio y la razón de la gente común [...] Y creo, en particular, que la opinión pública va a reaccionar muy fuertemente una vez que se haya hecho consciente del contraste entre las necesidades de los pobres y el despilfarro de recursos representados por la carrera de armamentos. Una sólida opinión pública también es necesaria con el fin de cambiar el rumbo (Andersson, 2008:2).

Pero también la actividad socialdemócrata en el campo de la seguridad internacional poseía motivaciones políticas internas. Se buscaba de este modo limar los diferentes enfoques que defendían algunos países como Francia y Alemania, esta última más volcada a una concepción atlantista, que defendía su canciller, Helmut Schmidt. Por eso no fue llamativo que el Informe Palme tuviera un voto en disidencia dentro de la misma comisión y que ello fuera de parte del delegado alemán.

Los nórdicos, en cambio, se encontraban especialmente presionados por un fuerte sentido pacifista de su opinión pública, que se expresaba en movilizaciones y electoralmente, particularmente con posterioridad a la guerra de Vietnam, sobre todo, en Suecia y Noruega. En el caso de los fineses, además, por su situación fronteriza con la URSS, que los haría blanco fácil en cualquier confrontación masiva y, por supuesto, por el recuerdo de haber sido invadidos ya una vez por su vecino eslavo.

Ante tanta heterogeneidad, la comisión Palme puso especial énfasis en la tarea de la sociedad civil. Múltiples ONGs participaron activamente del desarrollo de la comisión y la elaboración del informe final. Esto reafirma la idea de que la formación de las comisiones también respondió a una estrategia sistemática de llevar estos temas a la opinión pública internacional y buscaban incidir, de este modo, en las agendas políticas de los gobiernos y de las organizaciones internacionales.

La comisión Palme fue el intento más audaz de los aquí estudiados, ya que estaba conformada para poner en cuestión el modelo de desarrollo en torno a la industria de las armas pero, también, porque ponía en discusión el discurso norteamericano sobre la necesidad de aumentar la producción de armas para garantizar la seguridad mundial frente a la URSS.

La comisión Brundtland

Esta comisión (su nombre oficial fue “Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo”) resultó muy importante en el desarrollo de la cuestión medioambiental y su influencia llega hasta en la actualidad.¹³ Su objetivo excedía lo meramente teórico, sobre todo, porque estaba relacionada con una temática que en aquella época impactaba en Europa y, particularmente, en los países nórdicos, aunque también en Alemania y Holanda.

Lejos estuvo la comisión de caer en un ecologismo radical. Y eso fue fruto de una decisión previa que reforzaba la idea de que las comisiones eran más un recurso de poder que una mera expresión de deseos.¹⁴ Y es que –como se ha dicho anteriormente– el impacto creado por los movimientos que reclamaban políticas relacionadas con los valores posmateriales eran, en parte, responsables de los retrocesos electorales de algunos partidos socialdemócratas. Esta preocupación, además, debía leerse en el contexto de los problemas energéticos que habían comenzado en la década de 1970 y que fueron el síntoma principal de la crisis.

La comisión trabajó por más de tres años a través de audiencias públicas y revisando trabajos escritos presentados por diversas ONGs y especialistas. Estos fueron analizados por científicos y políticos de más de veinte países y, como las otras comisiones, con distintas trayectorias y creencias ideológicas, lo cual la dotaba de una fuerza política y una credibilidad mayor.

13 Estuvo integrada por Gro Harlem Brundtland (Noruega), Mansour Khalid (Sudan), Susanna Agnelli (Italia), Saleh A. Al-Athel (Arabia Saudita), Bernard Chidzero (Zimbabwe), Lamine Mohammed Fadika (Costa de Marfil), Volker Hauff (República Federal de Alemania), Istvan Lung (Hungría), Ma Shijun (China), Margarita Marino de Botero (Colombia), Nagendra Singh (India), Paulo Nogueira-Neto (Brasil), Saburo Okita (Japón), Shridath S. Ramphal (Guyana), William D. Ruckelshaus (EE.UU.), Mohamed Sahnoun (Argelia), Emil Salim (Indonesia), Bukar Shaib (Nigeria), Vladimir Sokolov (URSS), Janez Stanovnik (Yugoslavia), Maurice Strong (Canadá) y Jim MacNeill (Canadá).

14 “Cuando los términos de referencia de nuestra Comisión se estaban discutiendo en 1982, estaban los que querían que sus consideraciones se limitaran a “cuestiones ambientales” exclusivamente. Esto habría sido un grave error. El medio ambiente no existe como una esfera separada de la acción humana”. Extractado del informe de la comisión. <<http://www.un-documents.net/>> [consultado en mayo de 2010].

El método de trabajo de la Comisión continuaba en la misma tesitura de las anteriores. Esto es, tratando de articular las demandas de diversos actores de modo que todos se sintieran interesados en el tema. Los problemas ocasionados por el abuso ambiental eran causados tanto por la pobreza como por la industrialización sin límites. Para esto convocaba a una mayor cooperación entre los países con diferentes niveles de desarrollo económico y social, buscando el logro de objetivos comunes y de mutuo apoyo que, a la vez, tengan en cuenta las interrelaciones entre las personas, los recursos, el medio ambiente y el desarrollo.

La estrategia impulsada por la IS desde 1976, basada en la necesidad de vincular los intereses, problemas y demandas de los países del norte y del sur, volvió a repetirse en esta comisión que hacía un llamado a conformar un sentido multilateral en la política ambiental. Por lo tanto, la defensa del medio ambiente debía ser responsabilidad compartida por ambos grupos de países.

Como con las anteriores comisiones, ésta también hizo público un reporte final, conocido como “Informe Brundtland”. Este informe logró tanta repercusión que fue incorporado a todos los programas de la ONU y guió las discusiones sobre el tema por más de una década, utilizándose en numerosos encuentros y foros internacionales.

Al enfatizar la importancia del entorno económico y social del desarrollo y vincularlo con las demandas de preservación del medio ambiente, se relacionaba la cuestión ambiental con una visión crítica del modelo de desarrollo implementado por los países industrializados. Pero, al mismo tiempo, advirtiendo que ese modelo era el mismo que buscaban imitar los países del sur para elevar sus *standarts* de vida.

Por primera vez se introdujo el concepto de “desarrollo sostenible” o “desarrollo sustentable”, que vinculaba la problemática con la cuestión del crecimiento descontrolado de la población (anteriormente alertado en el Informe Brandt), la calidad de vida en las ciudades, la cuestión energética, la pobreza y una fuerte apelación a la necesidad de estimular cambios actitudinales a través de la educación que deriven en un uso racional de los recursos.

El Informe Brundtland ligaba el deterioro ambiental con la pobreza, de modo de llamar la atención acerca del problema a los países que no entendían aún la cuestión ambiental como un problema de sus agendas políticas inmediatas. En palabras de Julius Nyerere, la pobreza también

era contaminante (Nyerere, 1989). Finalmente, incorporaba una idea general que apelaba a que no debía construirse el bienestar presente comprometiendo en ese acto los recursos de las futuras generaciones.

El informe, titulado “Nuestro futuro común”, publicado en 1987, también se vinculaba conceptualmente con los presentados por Brandt y Palme. La misma dirigente noruega admitía esta influencia en la introducción del informe.

Yo estaba pidiendo ayuda para formular una tercera convocatoria convincente para la acción política. Después del programa Brandt para la supervivencia y la crisis común, y después de la Seguridad Común de Palme, vendría futuro común. Este fue mi mensaje al vicepresidente (de la ONU) Mansour Khalid y comencé a trabajar en la ambiciosa tarea.¹⁵

Conclusiones

Los nuevos *issues* programáticos de la socialdemocracia a partir de la crisis del petróleo buscaron convertirse en el espacio de interacción donde los socialdemócratas europeos pudieran actuar en conjunto con actores políticos de otras latitudes, de modo de configurarse como un protagonista global, frente a una crisis del capitalismo que superaba la capacidad del Estado nación, propia de la programática tradicional de la socialdemocracia europea. A la vez, sostenía una imagen de actividad y progresismo que los legitimaba ante las opiniones públicas y sus bases nacionales.

La política *antiapartheid*, las luchas contra las dictaduras militares y el apoyo a democracias noveles o revoluciones triunfantes (como la nicaragüense o la granadina) les otorgaban el respaldo de los dirigentes de los países afectados y sus aliados.

La cuestión de la seguridad dejaba de ser una preocupación particular de cada superpotencia para incorporar la idea de que estaba vinculada con un desarrollo donde todos los actores eran corresponsables. Por ello,

¹⁵ “Our Common Future”, Chairman’s Foreword. Extractado de <<http://www.un-documents.net/>> [consultado en mayo de 2010].

la oposición a la carrera armamentista también cumplía en ser un *issue* de interés compartido por diversos grupos de partidos y dirigentes. Así, importaba a una Europa dividida, en especial a Alemania o a los países nórdicos limítrofes con la URSS. Pero también a los partidos políticos nacionalistas o progresistas del resto del mundo y aquellos partidos o gobiernos estaban sostenidos por la lucha armada, como en Centroamérica, que veían otra manera de sostener ideológicamente una oposición a la política de las potencias. Además, volvía a unir a los europeos con importantes corrientes sociales de sus propios países, que se veían tentados por los mensajes de los partidos verdes o eurocomunistas.

Esta renovación en el programa de la socialdemocracia, sin embargo, no se quedó solo en un planteo superestructural o destinado a las organizaciones internacionales. Las ideas sistematizadas por las comisiones analizadas en este artículo fueron a la vez las bases del ideario de la IS renovada y la “hoja de ruta” para la construcción de nuevos discursos y estrategias de acción a nivel nacional y global.

Por esto se sostuvo en la fuerza de los más importantes liderazgos y de esta forma lograron sobradamente el objetivo buscado: actualizar y reposicionar a la IS y de ese modo reactivar también a los partidos que la integraban. Al mismo tiempo, le permitió ampliar sus marcos de alianzas, ya que la nueva línea política ayudó a que los líderes no europeos convencieran a sus partidos, opiniones públicas e, incluso, que se convencieran ellos mismos, de la viabilidad de acercarse a la IS.

A partir de 1973 la crisis del petróleo planteó a los socialdemócratas la necesidad de repensar sus presupuestos programáticos frente a lo que se aparecía como un inevitable cambio de época. Frente a ellos, sus liderazgos tuvieron la suficiente claridad y flexibilidad para adaptarse a los nuevos desafíos y exigencias del entorno. Las comisiones Brandt, Palme y Brundtland resultaron de suma utilidad para que los pronósticos sobre el agotamiento del proyecto socialdemócrata quedaran –por el momento– en el plano de las hipótesis.

Esto fue así hasta la caída del Muro de Berlín. Este hecho y la consiguiente disolución de la URSS abrieron una nueva etapa y otro cambio en el entorno internacional al que la socialdemocracia, hasta el día de hoy, no ha logrado reacomodarse.

Referencias

- ANDERSSON, Stellan (2008): "You can never say no to Noel-Baker. Olof Palme on disarmament and the peace movement". *Paper* presentado en el Peace Movements in the Cold War and Beyond: An International Conference. Reino Unido: London School of Economics.
- ANGELL, Alan (1991): "La izquierda en América Latina desde 1920". En: BETHELL, Leslie (comp.): *Historia de América Latina*, tomo 12. Política y sociedad desde 1930. Barcelona: Crítica.
- BERNSTEIN, Eduard (1990): *Socialismo Democrático*. Madrid: Tecnos.
- BRANDT, Willy (1981): "Introducción". *Exhortación al cambio: paz, justicia y trabajo. Informe de la Comisión Brandt. Diálogo Norte-Sur*. México: Nueva Imagen.
- (1987): "Foreword". En: FLETCHER, Roger: *Bernstein to Brandt. A short History of German Social Democracy*. Reino Unido: Edward Arnold.
- BRANDT, Willy; KREISKY, Bruno y PALME, Olof (1977): *La alternativa socialdemócrata*. Barcelona: Blume.
- CROSLAND, Anthony (1976): "La socialdemocracia en Europa". *Nueva Sociedad*, n° 23.
- DAHRENDORF, Ralf (1983): *Las oportunidades de la crisis: reflexiones sobre el futuro del liberalismo*. Madrid: Unión Editorial.
- DRUMOND-SARAIVA, José (1998): "Producción de armamentos. ¿Una vía hacia el desarrollo?". *Nueva Sociedad*, n° 97.
- EVERS, Tilman (1993): "La socialdemocracia europea en América Latina". En: VELLINGA, Menno (coord.): *Democracia y política en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- FEATHERSTONE, Kevin (1998): *Socialist parties and European integration: A comparative history*. Reino Unido: Manchester University Press.
- FISCHER, Fritz (1981): "Informe y efectos de la Comisión Brandt". *Nueva Sociedad*, n° 55.
- GONZÁLEZ ANINAT, Raimundo (2007): "Desarme y seguridad humana". *Estudios Internacionales y Estratégicos*. Documentos Electrónicos. FLACSO. Extractado de <<http://www.flacso.cl/>> [consulta: mayo de 2010].
- GRABENDORFF, Wolf (1982): "Tipología y potencial de conflictos en América Latina". *Nueva Sociedad*, n° 59.
- GÜNSCHE, Karl-Ludwig y LANTERMANN, Klaus (1979): *Historia de la Internacional Socialista*. México: Nueva Imagen.

- HALLIDAY**, Fred (1986): *The Making of the Second Cold War*. Londres: Verso.
- HICKS**, Alexander (1999): *Socialdemocracy and welfare capitalism. A Century of income security politics*. Estados Unidos: Cornell University Press.
- HOFMANN**, M. Friedrich (1990): *Diez años después del Informe Brandt: nuevas perspectivas para el diálogo Norte-Sur*. Knigswinter: Friedrich Ebert Stiftung.
- HUNTINGTON**, Samuel P. (1994): *La tercera ola. La democratización a finales del siglo xx* (1º ed.). Barcelona: Paidós (Estado y Sociedad).
- INGLEHART**, Ronald (1977): *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- KECK**, Margaret E. y **SIKKINK**, Kathryn (2000): *Activistas sin fronteras*. México: Siglo XXI.
- LAFONTAINE**, Oskar (2000): *El corazón late a la izquierda*. Barcelona: Paidós.
- LÓPEZ MARTÍNEZ**, Mario (2003): “El pacifismo europeo, constructor de identidades transversales y globalizadas”. En: **GÓMEZ CHACÓN**, Inés María: *Identidad europea: individuo, grupo y sociedad*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- LVOVICH**, Daniel; **BOHOSLAVSKY**, Ernesto; **FRANCO**, Marina e **IGLESIAS**, Mariana (comp.) (2011): *Problemas de historia reciente del Cono Sur*. vols. I y II. Buenos Aires: Prometeo.
- MERKEL**, Wolfgang (1994): *Entre la modernidad y el posmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo xx*. Madrid: Alianza Universidad.
- MESCHKAT**, Klaus (2010): “El socialismo latinoamericano y su rescate del pasado”. *Izquierdas*, año 3, nº 7.
- MOSCHONAS**, Gerassimos (2002): *In the name of social democracy. The great transformation: 1945 to the present*. London: Verso.
- NYERERE**, Julius (1989): “La pobreza del Sur es inmoral”. *Nueva Sociedad*, nº 103.
- (1990): *Comisión del Sur. Desafíos para el sur*. México: Fondo de Cultura Económica.
- O'DONNELL**, Guillermo; **SCHMITTER**, Philippe y **WHITEHEAD**, Lawrence (comp.) (1994): *Transiciones desde un gobierno autoritario. 3. Perspectivas comparadas*. Barcelona: Paidós.

- PALME**, Olof (1976): "Conversación entre Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme". *Nueva Sociedad*, nº 23.
- (1982): *Seguridad mundial. Un programa para el desarme. Informe de la Comisión Independiente sobre Asuntos de Desarme y Seguridad*. México: Lasser Press.
- PATERSON**, W. y **THOMAS**, A. (eds.) (1992): *El futuro de la socialdemocracia*. Valencia: Alfons, el Magnànim.
- PEDROSA**, Fernando (2010): "Nuevas perspectivas en los estudios sobre la democratización reciente en América Latina. La Internacional Socialista en América Latina (1974-1992)". *Stvdia histórica. Historia contemporánea*, Ediciones Universidad de Salamanca, nº 28, pp. 71-95.
- PÉREZ**, Carlos Andrés (1980): "El diálogo Norte-Sur". *Nueva Sociedad*, nº 51.
- PICO**, Josep (1992): *Los límites de la socialdemocracia europea*. Madrid: Siglo XXI.
- PRZEWORSKI**, Adam y **SPRAGUE**, John (1988): *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*. Chicago: University of Chicago Press.
- QUILLIGAN**, James (2002): *The Brandt Equation. 21st Century Blueprint for the New Global Economy*. Philadelphia: Brandt 21 Forum.
- ROBLES EGEA**, Antonio (1994): *Bad Godesberg y la socialdemocracia alemana*. Madrid: Editorial Historia 16.
- RODRÍGUEZ ALCÁZAR**, Javier (2005): "La noción de 'seguridad humana', sus virtudes y sus peligros". *Revista Polis*, nº 11, pp. 389-402.
- SÁNCHEZ CANO**, Javier (2003): "Seguridad y nuevo orden internacional". *Revista FRC*, nº 7, Barcelona: Fundación Rafael Campalans.
- SCHARPF**, Fritz (1992): *Socialdemocracia y crisis económica en Europa*. Valencia: Alfons, el Magnanim.
- SCHMITTER**, Phillippe C. (2011): "Veinticinco años, quince hallazgos". *POSTData*, vol. 16, nº 1.
- VELLINGA**, Menno (coord.) (1993): *Democracia y política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- WISEMAN**, Geoffrey (2005): "The Palme Commission: New thinking about security". En: **THAKUR**, Ramesh; **COOPER**, Andrew; **ENGLISH**, John (eds.): *International Commissions and the Power of Ideas*. Tokyo: United Nations University Press.

FERNANDO PEDROSA es doctor en Procesos Políticos Contemporáneos (Universidad de Salamanca). Magíster en Estudios Latinoamericanos por la misma universidad y egresado de la carrera de Historia (Universidad de Buenos Aires). Se desempeña como profesor en la Universidad de Buenos Aires, Universidad del Salvador y Universidad de Belgrano.